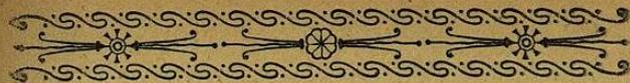


A la verdad la inmoralidad de Planillas y el carácter indefinible de Fuentes no podían dejarme buena impresión, pero tipos como el de Felipe y su padre, y rasgos de abnegación cual los que ofrecían, me desquitaban por completo.



IV

Otro encuentro inprevisto

YA me despedía de Fuentes, cuando me dijo:
—Si va V. á la ciudad no le pesará de que le acompañe.

Emprendimos el regreso. Durante el camino él no cesaba de hablarme de las ventajas de su profesión y de rasgos de los mineros; pero yo, resentido por su broma, le respondía con monosílabos. De pronto, dándose una palmada en la frente, exclamó:

—¡Voto al diablo! Después de dos horas de olvido es capaz de haberse muerto sin aguardarme.

—¿Quién?

—Planillas.

Y Fuentes partió á galope. La ocasión era oportunísima para prescindir de su compañía, pero la curiosidad me hizo seguirle. Al llegar junto al sitio donde por la mañana halláramos á Planillas sentado sobre el cadáver de su mula, Desiderio se detuvo contrariado.

—No veo á nadie, dije.

—Ni yo tampoco: eso es precisamente lo que me admira. Se habrá cansado de esperarme, pero tanto peor para él, porque otra vez no le creeré. Sin embargo, lo más probable es que alguna persona caritativa le haya recogido, pues tenía motivos para esperarme aquí hasta el Juicio Final.

—Pero ¿qué le ha sucedido?

—Mire V., dijo Fuentes enseñándome la tierra manchada de sangre y algo más allá la mula muerta, y una bandada de buitres.

Añadió que por la mañana, después de separarse de mí, había vuelto á este sitio con el fin de aclarar ciertas dudas sobre el proceder de Planillas, y le había encontrado, pero bañado en sangre. El herido le contó la verdad: la mula que él y su compañero arrastraban hacia aquel sitio había muerto en efecto en la *hacienda de platas*, pero Florencio no la había visto hasta aquel día. El motivo de su solicitud cariñosa era que el vientre del animal encerraba el producto de un robo, una cantidad considerable de lingotes de plata, que Planillas había metido allí, y que era preciso sacar del establecimiento sin que lo observasen los empleados. La artimaña tuvo éxito, pero en el momento de la partición riñeron los dos cómplices, Planillas se vió despojado de su parte y recibió dos cuchilladas que pusieron su vida en grave riesgo.

—Ya adivinará V. lo demás, continuó Fuentes. Me compadecí de él y le socorrí, ofreciéndole que volvería, pero después no me acordé más de ese pobre diablo.

Llegué triste á Guanajuato en compañía de Fuentes, el cual me hizo reparar de nuevo en la mano del ladrón sacrilego.

—A propósito de esta historia: le dije, de los tres que fueron actores y testigos en la lucha de Osorio con el joven minero; murieron dos, y el tercero se

huyó. ¿Cómo, pues, ha sabido V. pormenores que nadie pudo referir?

—De un modo bien sencillo: yo fuí el que hirió á Osorio; yo el testigo de la escena del Atotonilco. Supongo que por eso no verá V. en mí á un matachín de oficio, como Verduzco; si durante mi vida me he visto obligado á dar más de un navajazo, en Méjico, por desgacia, con harta frecuencia es preciso tomarse la justicia por propia mano. Usted mismo ¿no ha estado hoy á punto de matar á un hombre? ¿Podrá usted asegurar que no se repita este caso, si vuelve á encontrarse con él?

Este rudo apóstrofe me hizo estremecer, al recordarme el peligro que corría, permaneciendo más tiempo en Guanajuato. El lector comprenderá mi satisfacción cuando llegué á la posada.

—Me alegro de saber que para V. aquí, dijo Fuentes estrechándome la mano. Mañana vendré á buscarle, y aún pasaremos un buen día juntos.

—Como quiera V., le dije, hasta mañana.

Pero así que entré, dí orden á Cecilio de ensillar los caballos á media noche; y que de allí en adelante solo viajaríamos de noche, durmiendo de día, porque es mucho mejor para la salud: me pareció que de esa manera podría burlar todas las pequisas de don Tomás.

Sin embargo, el tiempo me tranquilizó y poco después volví á mis costumbres ordinarias; de manera que cuando llegué de regreso á la hacienda de Arroyo Zarco era ya más de mediodía; es decir, que había dormido toda la noche en San Juan del Río y había caminado casi todo el día. En esta última parte del viaje mil recuerdos tristes se agolparon á mi mente. En la llanura, en la hacienda todo me recordaba á don Santiago. Llegué al sitio donde le encontrara, sentado tristemente junto al fuego. ¿Qué quedaba después de tantos sueños de amor y de fortuna?

Un cadaver muy lejos de allí, y ante mis ojos algunos tizones esparcidos y una ceniza fría.

Llegada la hora de la cena fui á buscar alguna distracción, no en la mesa redonda, sino en la pieza donde numerosos viajeros tomaban un refrigerio. Había allí, como la vez pasada una reunión heterogénea de todas las clases de la sociedad mejicana. De pronto la posadera, con su voz de tonos duros, prorrumpió:

—Señor don Tomás: he aquí al extranjero que hace días le buscaba á V.

Levantéme con presteza y reconocí al asesino de don Santiago. Sentí escalofríos de repulsión más que de temor, dirigí una mirada en torno, y en los circunstancias encontré solo esa curiosidad indiferente que igual acogería un desenlace cómico que uno trágico. En seguida, sin poder evitarle, me sentí cogido por dos brazos vigorosos: sufría el abrazo odioso del matachín. Me desasí bruscamente de él y no parecía reparar en mi repulsión.

—¡Ahl clamó con impudencia, ¡que fortuna la mía hallar aquí á un caballero que se ha conquistado toda mi simpatía! ¿Con qué me buscaba V.? ¿En que puedo serle útil?

—Una equivocación, por lo que veo, me hizo desear ver á V. Si no ha olvidado su visita á la calle de la Segunda Monterilla, debe V. recordar el objeto que allí le llevó.

—Según eso ¿es V. el que vivía en aquella casa? Puedo V. vanagloriarse de haberme hecho andar más de diez leguas en su busca.

—Yo he andado más de doscientas cuarenta para encontrar á V., le repliqué.

Con aquella misma risita que le noté la primera vez, dijo:

—Buscaba un extranjero con el cual tenía que arreglar ciertos asuntos, y una equivocación, en efecto, me condujo á casa de V. Pero ahora le conozco á us-

ted ya, caballero, y no es fácil que vuelva á equivocarme. No necesito ver las personas más que una vez para recordar su fisonomía, aunque pasen veinte años.

Estas últimas palabras las acentuó de modo que no me quedaba la menor duda acerca de la amenaza que contenían. Callé y el criminal pareció arrepentirse de haber dejado traslucir de aquel modo su rencor. Entonces, volviéndose á la posadera, continuó alegremente:

—Patrona: espero que sirva V. de los mejores platos á este caballero, á quien aprecio de un modo singular.

—He cenado perfectamente, dije.

—Pues entonces beberemos para celebrar nuestro encuentro inexperado. Patrona: tráiga V. una botella de anisado de España.

No sabía como excusar esta desagradable invitación cuando puso término á mis vacilaciones una intervención amistosa que estaba muy lejos de esperar.

Era el capitán, ó mejor dicho el teniente don Blas P... á quien por deferencia daban aquel ascenso los que le conocían. El militar vino á darme la bienvenida.

—Espero que nos acompañe V., capitán, dijo el matachín.

Don Blas aceptó, pero yo, animado por su presencia, rehusé resueltamente diciendo:

—Estoy fatigado y me retiro á mi cuarto. Capitán don Blas: si el itinerario de V. es igual al mío, tendré muchísimo gusto en aprovecharme de su compañía, y al amanecer tomaremos el camino de Méjico.

El militar se excusó manifestando que le retendrían por aquellas inmediateces todo el siguiente día algunos asuntos de importancia. Euseguida se sentó frente á Verduzco.

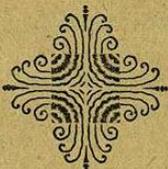
—Buenas noches, les dije; deseo que duerman us-

tedes tan tranquilamente como yo espero hacerlo muy pronto.

Satisface mi cuenta y salí de allí á paso lento, sin que don Tomás me quitase ojo. Llegué á mi cuarto más preocupado por las atenciones de aquel asesino que lo hubiese estado por su cólera, y encontré á Cecilio roncando. Le desperté.

— Ensilla los caballos ahora mismo y llévalos sin meter ruido detrás de la posada. Al momento estaré yo allí.

En mi fuga el lector comprenderá que aún iba más aprisa que cuando acompañara al infeliz don Santiago. Regresar á Méjico de ese modo no tenía nada de airoso. Huía de un hombre á quien con frenético afán había seguido tantos días. Gracias á Dios el desenlace de la aventura no fué trágico para mí.



EL CAPITÁN DON BLAS y la conducta de platas

I

Los conspiradores

SE acercaba el día de mi despedida de Méjico para Veracruz, de regreso á Europa. Solo me faltaba elegir la manera de realizar el viaje. Hacía algunos años que una empresa había establecido un servicio de diligencias en varias direcciones, y había también carros para el transporte de equipajes que competían con las pintorescas caravanas de arrieros.

¿Debía sacrificar mis placeres de peregrino solitario á la comodidad de recorrer más rápidamente el trayecto de Veracruz á Méjico? Partidas de audaces bandoleros explotaban la innovación y apenas pasaba diligencia que no fuera saqueada por ellos. Una casualidad puso fin á mi irresolución: el Comercio de